

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús	181
Recursos en tiempos de ruina	192
Aislamiento	202
Jesús y sus discípulos	205
Carta de W.J.Lowe	208
Desilusión y certidumbre	212
Extracto de carta	215

Año X. N° 6

Noviembre - Diciembre 2005

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2005 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

A ÉL SEA GLORIA EN LA IGLESIA EN CRISTO JESÚS

El estado en que se encuentra el mundo, así como nuestra decadencia espiritual, son de tal magnitud que corremos el riesgo de bambolearnos entre la pretensión farisaica y el desaliento. Todo el que tiene a pechos el testimonio del Señor siente, con frecuencia, la necesidad de considerar la situación en medio de la confusión general en la cual hasta se pierde la propia noción de cristianismo.

Una de las grandes funciones atribuidas a los cristianos es la que el Señor define en Juan 17:21, cuando dice: “Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.” Los cristianos son llamados a dar pruebas al mundo de que el Padre envió al Hijo, y a hacer esto manifestando la unidad de una familia formada según principios completamente distintos de aquellos que son corrientes en este mundo.

Así, después de que Cristo fuera glorificado, el Espíritu Santo descendió del cielo para bautizar, de allí en adelante, a los creyentes a fin de constituir un solo cuerpo (1.^a Corintios 12:13), de manera que ellos son exhortados a ser solícitos “en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3).

He aquí lo que Dios ha hecho. Los cristianos son ahora responsables de dejarlo obrar libremente según su Palabra, ajustándose a ella. Reconocer a Cristo en todos sus derechos como Hijo de Dios y como Hombre glorificado, Cabeza de la Iglesia que es su cuerpo, dejar al Espíritu Santo la entera direc-

ción en la Iglesia a fin de glorificar a Cristo, y separar del mal todo lo que toca al nombre del Señor, son otras tantas condiciones que deben constituir una demostración dada a este mundo de tal unidad visible.

Por desgracia, es muy claro que éste no es el testimonio que da la cristiandad; y que ello sucede desde hace muy largo tiempo. Sin embargo, en nuestros días se habla mucho de recuperar la «unidad de los cristianos», y se hacen grandes esfuerzos con este objetivo. Pero, ¿sobre qué bases? Se busca lo que las diversas iglesias tienen en común en sus enseñanzas, aun cuando a la vez se guarda la distinción entre dichas iglesias.

El resultado de ello —si lo hay— sólo puede ser el siguiente: cada una, para conservar su forma eclesiástica exterior sobre la cual no cede, sacrifica algún punto doctrinal por el cual se atenía aún a la verdad, y ensancha bastante el sentido del Credo para que todo el mundo, desde los ortodoxos más rigurosos hasta los modernistas más avanzados, se adhieran a ella. Éstos son los esfuerzos del hombre, pero no es el poder de Dios.

Polemizar sobre estos hechos no aporta ningún provecho. Para el lector apegado a la Palabra, vale más darse cuenta hasta qué punto el testimonio colectivo actual sólo puede ser un testimonio dado a la fidelidad del Señor en medio del desorden ocasionado por el hombre.

La Iglesia, al principio de su historia, presentó caracteres que han desaparecido y no se reproducirán más. Pero hasta el fin de su historia tiene otros elementos que habrán subsistido sin que sufran daño alguno. De manera que, por un lado, hallamos **lo que no volverá** y, por otro, **lo que permanece**.

I. LO QUE NO VOLVERÁ

Leemos que “la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma” (Hechos 4:32). La unidad de todos los creyentes, unidad de la Iglesia antes que la doctrina fuese formulada por Pablo, era visible en su integridad. Como fruto del primer amor, dicha unidad se basaba en una separación total para con los no creyentes. Esto no perduró, y no podía perdurar, pues hubiera sido el cielo en la tierra. Ahora vemos la dispersión de los hijos de Dios; la mezcla de la Iglesia con el mundo; la cizaña mezclada con el trigo; la confusión en la casa, que llegó a ser la “casa grande”; ordenanzas y organizaciones humanas en lugar de lo que el Señor había establecido.

Todos estos aspectos de la degradación de la Iglesia apenas profundamente el corazón de todo aquel que ama al Señor. Seríamos culpables de opinar con ligereza si dijéramos, aun cuando fuera cierto, que no podía ser de otro modo, que todo lo que es confiado al hombre está sujeto a declinar, que el Señor y los apóstoles lo habían predicho.

Tampoco podríamos echar la culpa de esta ruina a otros, pues todos nosotros tenemos parte en ella. Así como Daniel en Babilonia, y como Nehemías en Jerusalén —que estaba devastada y sojuzgada— al agrupar allí a los que habían escapado, así también nosotros debemos llevar duelo por los pecados de los cuales todos somos solidarios: “Hemos hecho impiamente”; “hemos hecho lo malo” (Daniel 9:5-15; Nehemías 9:33).

El estado de cosas que había al principio está perdido y no volverá. Dios no restablece lo que el hombre arruinó, como si no hubiera sido arruinado. Sería vano y contrario a las Escrituras

decir: «Queremos reconstruir la Iglesia del principio del cristianismo.» Incluso no es exacto declarar, como a veces se oye decir: «Solamente somos unos pocos de entre los hijos de Dios, pero nos reunimos como los primeros cristianos.»

Además, el ministerio que se encontraba al principio abarcaba instrumentos que eran propios para ese momento y que no fueron renovados. Dios no suscitó otros apóstoles y no lo hará más. Ellos fueron utilizados en esa época para “poner el fundamento”, que es Jesucristo. Los apóstoles, quienes fueron revestidos con una autoridad especial, y obraron y hablaron por inspiración, dieron, de parte del Señor y por adelantado, lo que era necesario para que la Iglesia estuviera provista de principios y de doctrina para toda su carrera. A las diferentes generaciones que formaron parte de la Iglesia les correspondía hacer buen uso de ello y guardar “la doctrina de los apóstoles” (Hechos 2:42; Gálatas 1:9; 1.ª Juan 2:24; 4:6), no adaptándola a los cambios de este mundo, como se pretendió hacerlo, sino tomándola como guía invariable mientras atraviesa este mundo cambiante. Según la expresión familiar al apóstol Juan, ella es la Verdad. La Iglesia es columna y baluarte (o sostén) de la verdad. La Iglesia no creó ni dispone de la verdad a su antojo.

Asimismo, las señales y los prodigios que en esos días acompañaban a la acción del Espíritu Santo con “diversos milagros y repartimientos” han cesado. Todo ello constituía el testimonio que Dios daba juntamente con aquellos que habían escuchado al Señor (Hebreos 2:3-4); Él mismo les ayudaba “confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20). Cuando la Palabra quedó fijada en las Escrituras, y la Iglesia fue puesta en marcha con la verdad divinamente formulada, esas manifestaciones cesaron.

II. LO QUE PERMANECE

Nos preguntamos, pues, si nuestros recursos serán menores que en el principio. La respuesta es: ciertamente que no. Por lo tanto, ¿damos gracias a Dios, suficientemente, por el inefable valor de todo lo que permanece?

“El fundamento de Dios está firme”, nos dice el apóstol en vísperas de los últimos días. Los edificadores humanos, lamentablemente, acumularon materiales malos, y nosotros continuamos haciéndolo; pero el fundamento que fue puesto es inquebrantable, y nadie puede poner otro (1.ª Corintios 3:11). Dicho fundamento fue puesto por los apóstoles y profetas una vez y para siempre, siendo Jesucristo mismo la principal piedra del ángulo (Efesios 2:20). Y, para edificar sobre Él, Dios continúa preparando piedras vivas, así como continúa poniendo a disposición del fiel humilde y dependiente “oro, plata y piedras preciosas”, apropiadas para resistir el fuego que consumirá todo lo demás.

El hecho de que se haya edificado mal sobre ese fundamento no cambia nada en lo que se refiere a su emplazamiento ni a su estabilidad. Es verdad que, cuanto más nos adentramos en los tiempos peligrosos, tanto más debemos prestar atención al sello que tiene doble faz (2.ª Timoteo 2:19). Una cara de dicho sello es apropiado para infundir plena confianza y generar agradecimiento (“conoce el Señor a los que son suyos”), y la otra para advertir y orientar (“apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”).

Los medios puestos a disposición de los fieles afianzados sobre el fundamento son paralelamente permanentes y no han perdido su valor en absoluto. Ellos se atienen a estas tres

divinas realidades: la presencia del Señor; la Palabra y el Espíritu Santo. Ya en la antigüedad, en el marco de las promesas terrenales, el remanente al que se dirigía Hageo podía conocer la eficacia de ello (Hageo 2:4). ¡Cuánto más lo pueden experimentar los cristianos, por el hecho de que ya fue consumada la obra de la redención, y por tener las bendiciones espirituales en los lugares celestiales abiertas para ellos por medio de Jesucristo glorificado! Los apóstoles sólo fueron canales, los dones milagrosos solamente fueron manifestaciones pasajeras de esos recursos inmutables.

Puede que la promesa del Señor tocante a su presencia sea desconocida o que su nombre sea menospreciado pero, aún así, ello no puede alterar en nada el valor de dicha Persona ni de su Nombre bendito. La espada del Espíritu mantiene todo su filo, incluso si la negligencia o la pereza la dejan envainada. La fuente de luz, incluso escondida debajo de un almud o debajo de la cama, no ha perdido nada de su intensidad y está lista para brillar. El Espíritu Santo sigue estando en este mundo hoy tanto como estuvo en el día de Pentecostés. Lo que proviene del hombre envejece y se destruye, pero no lo que proviene de Dios. “¿Acaso se ha acortado mi mano...? ¿No hay poder en mí?” (Isaías 50:2). ¡Oh, que nuestros corazones retengan la magnífica afirmación de Dios: “Yo estoy con vosotros... según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi espíritu estará en medio de vosotros, no temáis”! (Hageo 2:4-5).

Estemos seguros de que la gracia de Dios, según su misericordia que permanece para siempre, y de acuerdo a Su soberanía, para Su gloria y hasta el fin, se proveerá de vasos para la fe, la esperanza y el amor, las tres cosas que también permanecen (1.ª Corintios 13:13), aunque la obra, el trabajo y la pa-

ciencia de ellos ya no se vean más caracterizando a la Iglesia como lo fue en su momento (1.ª Tesalonicenses 1:3). La fuente de tales bendiciones no está agotada para quien desee beber de ella.

Para cada fiel es sumamente alentador saber que todos estos recursos permanecen inalterables, cualquiera que sea el estado en que se encuentre el mundo y la cristiandad. Siempre hay un camino para el testimonio personal. El Señor dice “El que venciere...”, y: “El que tiene oídos, oiga”, reciba para sí mismo “lo que el Espíritu dice a las iglesias”. La promesa hecha al vencedor en Laodicea no es la menos gloriosa de todas, puesto que debe sentarse con Cristo en su trono (Apocalipsis 3:21).

Pero dichos recursos, ¿podrían dejar de tener una virtud colectiva —como parece que algunos están inclinados a creer— y no encontrarse más a disposición de dos o tres reunidos en el nombre de Jesús?

Por desgracia, es muy cierto que la Iglesia ha fracasado en su profesión sobre la tierra. Y ella también desaparecerá de la escena. El Señor vendrá a tomar a los suyos y se presentará a sí mismo a la Esposa en la gloria celestial; luego Él juzgará la casa dejada vacía en la tierra, como ha sido juzgada no hace mucho la casa israelita. Pero hasta la consumación de esta historia, y aunque sólo quedaran rigurosamente dos o tres que hubieran comprendido todo ello, las “grandes cosas” dichas a la Iglesia de Dios permanecen. Ellas no son vistas así ante los ojos de este mundo, pero necesitamos discernirlas.

En nuestros días, y más que nunca, ¿no reviste todo su valor la promesa del Señor que dice: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”? La

Palabra del Señor, ¿no posee todo su infalible poder a disposición de la “poca fuerza de Filadelfia?”

Por otro lado, en vísperas del regreso del Señor, la presencia del Espíritu tiene el particular efecto de impulsar a la Esposa a decir lo mismo que él dice: “Ven”. Y tan efectiva como dicha presencia es la realidad de la Iglesia en la tierra, la Iglesia formada por el Espíritu Santo, edificada sobre la roca, la Iglesia única, la Iglesia que es el cuerpo de Cristo, la Iglesia que recibe su crecimiento mediante los dones enviados a la tierra por Cristo mismo, Cabeza glorificada en el cielo, no a un grupo particular, sino al conjunto, la Iglesia como casa de Dios, morada de Dios en el Espíritu.

Y si no es visible la unidad de esta Iglesia considerada en su conjunto, el conjunto de los miembros del cuerpo de Cristo, poseedores de la nueva vida, por cierto que no se debe a la falta de principios, sino al fracaso de aquellos que la componen. Pero la unidad vital de la Iglesia no ha dejado de existir, y la fe puede regocijarse en ello. El Espíritu Santo permanece en medio de ella, el Espíritu de poder, de sabiduría, de consejo. Sin duda, se ve estorbado en sus manifestaciones, contristado en cada individuo, apagado en las colectividades y, en la práctica, puesto fuera todas las veces que el hombre quiere tomar la dirección que le corresponde a Él. Pero, digámoslo una vez más, Él no puede ser aminorado. Sus dones, ¿podrán ser inferiores frente a las necesidades de la Iglesia? ¡Ciertamente que no! “Abre tu boca, y yo la llenaré” (Salmo 81:10). Pero, ¿dónde está el apetito? En lugar de desear ardientemente dones espirituales, nos dejamos ganar por el espíritu laodiceano: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad...” (Apocalipsis 3:17). En la base de nuestra inmensa tibieza actual

yace la complacencia en las falsas riquezas, la confusión entre la prosperidad mundana y la espiritualidad, cosas por las cuales viene la ceguera que no permite ver la propia miseria, y entonces los formalismos toman el lugar de la piedad de la cual se niega el poder.

III. CONSECUENCIAS PRÁCTICAS

Lo que necesitamos es volver a hallar los santos deseos que experimenta el alma ferviente. La piedad, tal como la sumisión y la confianza, es el deseo de obedecer a la voluntad de Dios.

Debo reconocer que la Iglesia existe. Cualquiera que sea el estado en que se encuentra la casa, debo comportarme en la casa de Dios según las precisas directivas que nos da la Palabra.

Temamos seguir nuestros propios pensamientos en lugar de acatar las directivas divinas. Si no respetamos tales directivas, el resultado será dar lugar a ese formalismo de las organizaciones eclesíásticas, donde un clero se interpone entre los sacerdotes y Dios, y donde la autoridad del Espíritu Santo es prácticamente rechazada por un ministerio humano.

El peligro no es menor si, aun pretendiendo atenernos a la Palabra, la tratamos como un código seco y frío y no dejamos ningún lugar a los ejercicios espirituales de los fieles. Recordemos que ella es espíritu y vida. Siempre será cierto que la letra mata y que el Espíritu vivifica.

Debemos pedir a Dios los dones espirituales necesarios para su Iglesia. Debemos reconocer los “dones” del Señor, es decir, evangelistas, pastores, profetas, maestros, allí donde se

encuentren y gozarnos al ver que las almas son llevadas a los pies de Cristo, cuidadas, enseñadas, cualesquiera que sean los medios que Él emplee. Los dones son para el cuerpo entero, cuyos miembros están tan dispersos que solo el Señor “conoce a los que son suyos”. De igual manera es necesario desear y pedir que todos los cargos útiles para el bien del rebaño, es decir, ancianos (sobrevedores), diáconos (servidores), sean fielmente ejercidos por hombres calificados según la Palabra (véase 1.^a Timoteo y Tito), de parte del Señor. Por desgracia, es más frecuente incurrir en la crítica que interceder a favor del servicio ejercido para el bien de los santos. ¡Cuán cierto es que el “camino más excelente” es el del amor!

Finalmente, estemos bien persuadidos de que la expresión “apartarse”, conforme a la segunda cara del sello impreso en el fundamento, no tiene nada en común con una separación simplemente exterior. El texto de 2.^a Timoteo 2:20-21, nos ordena apartarnos de la iniquidad. Limpiarnos, separarnos de los vasos de deshonra es una de las aplicaciones de ese retiro, pero esto podría convertirse en un formalismo como cualquier otro. No pensemos que por el hecho de reunirnos fuera de las grandes denominaciones religiosas estamos resguardados de la profesión sin vida. Nos prevalemos demasiado de una separación que no tiene ningún valor si no brota del corazón y sólo se contenta con una posición exterior; el único resultado que se obtiene de ello es el sectarismo y el orgullo espiritual.

En nuestros tiempos, nadie puede tener la pretensión de buscar grandes cosas. El intento de restablecer la unidad visible de la Iglesia es sólo una quimera. ¿Es preciso entonces aceptar que la Iglesia se confunda con el mundo? ¡Dios nos guarde de ello! ¿Qué comunión hay entre la luz y las tinieblas? Pero no

podemos contentarnos más tiempo con la idea de una Iglesia invisible, sin testimonio aquí abajo. No dejemos de repetirlo, el hecho de que la Iglesia sea tan poco visible es una de las pruebas que manifiestan su ruina. Pero ella está y estará siempre visible, y sólo allí donde los creyentes —tomando aquí las expresiones de otro— «están reunidos y andan juntos según la Palabra de Dios, dejando que el Espíritu Santo tenga su lugar en la acción soberana para la gloria del Señor Jesús. El hecho de que sean dos o tres, o algunos centenares, o bien millones es un asunto circunstancial. El número de personas que se reúnen es un asunto secundario». El mundo puede no compartir esto, pero el cielo está atento a ello. Ese reducido número es suficiente para que “la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Efesios 3:10). Tal testimonio dado en esas condiciones hace resaltar aquí abajo la ruina de lo que fue confiado al hombre. ¡La prueba de ello es que la inmensa mayoría de aquellos que se llaman cristianos no quieren asumir o no saben que participan de tal ruina! Pero, ¡qué pensamiento sumamente reconfortante es saber que aquello que el hombre fue incapaz de mantener, Dios mismo lo establecerá pronto con poder, para su plena gloria. Es la promesa hecha a Filadelfia. “A su tiempo será dicho... ¡Mirad lo que ha hecho Dios!” (Números 23:23; VM).

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Efesios 3:20-21).

A. Gibert (M.E. 1945)

RECURSOS EN TIEMPOS DE RUINA

Notas tomadas en una meditación sobre 2.^a Timoteo

El apóstol Pablo llegó a ver cómo de desplomaba el resultado exterior de su trabajo. No tenemos ninguna duda de que ése fue uno de sus más grandes dolores. ¿No había consagrado su vida a la Iglesia? Tal como lo dice en la epístola a los Colosenses (1:24), él sufrió para reunir, mientras que Jesús había sufrido para redimir. El cristianismo reúne todas las vivencias que Dios había experimentado con el hombre antes del cristianismo. Y, desde que Pablo escribió, nosotros añadimos una experiencia nueva y semejante —además de las experiencias individuales—, porque bien podemos reconocer que también nosotros hemos fracasado en el testimonio que debemos dar en el último tiempo. Es bueno sentir esto. No obremos como si no tuviésemos ninguna parte en tal decadencia. No levantemos la cabeza hacia Dios, como si nada hubiera pasado. Caín hizo eso, como si no hubiera sucedido nada entre Dios y Adán y su descendencia. Caín se presentó delante de Dios como si, después de lo que había acontecido, pudiera tratar con Él de manera muy cómoda. Y la actitud de este hombre, al ofrecer los frutos de su trabajo, se vuelve a encontrar en todas las épocas. Mientras que la fe hace lo contrario; en lugar de levantar hacia Dios un rostro insolente, inclina la cabeza hacia la tierra. La fe reconoce el pecado y las flaquezas culpables.

Es cierto que tal estado espiritual caracterizó de manera muy clara a los guías que tuvimos en el siglo XIX. No es posible abrir uno de sus escritos sin hallar en ellos lo que los distinguió en sus actitudes frente a Dios. Cuando otros pretendían acercarse a Él con la cabeza alzada, como si pudieran volver a encontrarse

en el capítulo 2 de los Hechos, aquellos guías, enseñados por Dios, se acercaron con el rostro puesto en el polvo y dijeron: «Hemos pecado, comprendemos que la gloria de Dios no puede olvidar la ofensa que durante dieciocho siglos subió hacia Él a causa de las infidelidades de los cristianos.» Queridos hermanos y hermanas, nosotros tenemos las mismas razones para tomar y guardar esa actitud. Y tanto más porque, incluso frente a aquellos que nos han enseñado, hemos declinado.

La inteligencia de la fe que conoce a Dios sabe lo que le conviene y lo que no le conviene, a fin de desechar lo que no conviene: ese rostro temerario que ultraja a Dios y que en el fondo caracteriza a todo hombre que no fue tocado por la gracia. El principio es el mismo, y se manifiesta tanto en un inconverso como en un cristiano que se encuentra en un estado espiritual decaído. No honramos a Dios cuando cubrimos algo que hemos hecho contra él, pero sí lo honramos si descubrimos aquello y vamos a su presencia reconociendo lo que somos. De otro modo, Dios se encargará de hacerlo, pero nos encontraremos privados de la bendición.

En relación con el testimonio, es preciso que no perdamos de vista esto. Los hermanos que tomaron una posición en la vanguardia, y por consiguiente una posición de responsabilidad, deben ser los primeros en presentarse delante de Dios con el rostro puesto en tierra, con el sentimiento profundo de que hemos añadido nuestras propias flaquezas a todas las flaquezas anteriores. Entonces Dios bendice y se revela; nosotros abrimos nuestro corazón y Dios abre el suyo. Pero si cerramos nuestro corazón, Dios nos cierra el acceso al suyo. Éste es un principio permanente en todas las relaciones del hombre con Dios, en

cualquier condición en que se encuentre el hombre. Con mucha mayor razón cuando se trata de aquellos que, por la gracia de Dios, fueron reunidos alrededor de Cristo y que, se puede decir a pesar de todo, fueron puestos en el camino que está en concordancia con el pensamiento del Señor. Es necesario repetirlo, aplicándolo cada uno a sí mismo: los hermanos deben ser modelos de humildad. En lugar de pasearse por el mundo alardeando de que son santos y puros, deben caminar delante de Dios y delante de los hombres con el sentimiento interior y continuo de aborrecimiento de sí mismos. Entonces, al mismo tiempo, tendrán de parte de Dios el derecho moral de gozar de la posición inmutable, inatacable que Él les ha dado en Cristo. Pero si alguno se prevale de su posición en Cristo y, a la vez, mantiene en su corazón y en su vida cosas incompatibles con la presencia de Cristo, ¿cómo puede calificarlo Dios?

Gozar de Dios es la felicidad, por todas partes y siempre; es la dicha en la tierra y en el cielo. Pero no pensemos que doblegaremos los derechos de Dios para dar lugar a los caprichos de nuestros pobres corazones, ¡jamás!

En esos tiempos de ruina, leemos lo que Pablo le escribió a Timoteo, quien era un joven. Él le dirige sus últimas palabras y le dice algo así: «Tú sabes que exteriormente todo está perdido; es el fracaso.» La primera epístola nos muestra cómo es necesario comportarse en la asamblea que está en orden; la segunda... casi se podría pensar que es algo así como un «sálvese el que pueda». La asamblea está quebrantada, el testimonio se ha desplomado, ¿en qué podemos apoyarnos? Pues bien, quizá no haya otra epístola en la que podamos hallar tantos puntos de apoyo como en la segunda epístola a Timoteo. Ella está dirigida a alguien que todavía era joven. A veces tenemos temor

de sobrecargar a los jóvenes. Pero aquí vemos que Dios hace que Pablo, un padre en Cristo, escriba a un joven. Le hace escribir sus instrucciones. El apóstol le dice algo así: «No te oculto nada. He aquí que la situación es aflictiva, terrible; pero, ¿sabes?, no hay otro camino, y éste es el camino que he trazado. “He peleado la buena batalla...” Haz como yo.» Y esto es lo que también nos dice a todos nosotros. ¡Que Dios nos conceda un oído y un corazón como el de Timoteo!

¿Qué le dice Pablo al comienzo de esa epístola, en el primer capítulo? «Timoteo, no te amilanes por la aparente victoria de Satanás; lo que Dios nos ha dado está fuera de su alcance. El enemigo, haga lo que haga, está vencido; Jesucristo sacó a luz la vida, quitó la muerte. Por lo tanto, si nuestro Señor Jesucristo anuló la muerte, ésta es la prueba de que Satanás está vencido.» Satanás es muy astuto y, aún durante veinte siglos después de que Pablo le escribiera a Timoteo, ha hecho mucho mal a los creyentes, y continúa haciéndolo. Pero la fe sabe que el diablo está derrotado. Por eso a este enemigo le resulta insoportable todo creyente piadoso, encuéntrase donde se encuentre éste. El diablo se esforzará por hacer tropezar al creyente tratando de seducirlo. Si al creyente le falta una pieza de la armadura o tiene alguna inclinación no juzgada, Satanás va a prender por allí a esa alma; él no puede soportar a ningún piadoso, esto lo estorba, y con mucha mayor razón si se trata de toda una asamblea.

Alguien dijo que una asamblea, dos o tres creyentes sin pretensiones, es una espina en el costado del diablo, lo cual es muy cierto. En todo lugar donde estén unidos el mundo con el cristianismo, el diablo dice: «A éstos los tengo atrapados, los manejo a mi antojo mediante sus codicias; son mis esclavos, hacen lo que yo quiero; ellos no son testigos a favor del que venció

en la cruz, sino mis servidores.» Pero cuando queremos servir al Señor y no a Satanás, sentiremos la fuerza opositora que tiene este último. Un cristiano que vive en el mundo termina no sintiendo la fuerza del adversario; no sabe lo que es tener altibajos, no sabe lo que es perder la comunión, y uno puede preguntarse si alguna vez la ha tenido.

¿Sabemos qué es la comunión con el Señor? Cuando no gozamos de ella, prácticamente quedamos expuestos a las garras de Satanás. Tener comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo no quiere decir hablar constantemente de las cosas de Dios, sino gozar, vivir, alimentarse de ellas y desechar todo lo que nos priva de tal alimento. Velemos a fin de no hablar acerca de lo que no practicamos, eso sería engañarnos a nosotros mismos.

Satanás es un enemigo vencido y Jesús quitó la muerte. La muerte fue quitada, **anulada**, ésta es una expresión bella y fuerte. “Cristo sacó a luz la vida y la inmortalidad (o la incorruptibilidad) por el evangelio”. Antes de la cruz, los creyentes no tenían exactamente el mismo pensamiento que nosotros; para ellos la muerte era un dominio sombrío pues Jesús aún no había muerto ni había resucitado.

Durante veinte siglos, el enemigo no perdió su tiempo; pero Pablo le dice a Timoteo, en otras palabras: «La victoria fue obtenida por completo y la derrota de Satanás es una verdadera derrota, no es cuestión de anular su alcance.»

En el fondo del río Jordán, aunque éste desborde por todas sus orillas, fueron echadas doce piedras como testimonio de que el arca del Señor de toda la tierra pasó ciertamente por

allí. Y es la señal de que la muerte está vencida (véase Josué 3 y 4) El Señor puede decirnos: “No temas... (yo) tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:17-18). ¡Que este pensamiento nos llene de regocijo! Esto constituye un punto de apoyo para nuestra fe. Somos de Cristo, estamos unidos al vencedor de la muerte, y esto bien vale la pena. Después de todo, esto es ciertamente lo que debemos recordar cuando llega la hora de dejar este mundo, la hora del supremo despojamiento, despojamiento definitivo de todo lo que nos liga a la antigua creación. Se trata de saber si uno tiene la plena seguridad acerca de este punto, es decir, ¿si se tiene la vida eterna por la fe en el Señor Jesús!

Cuando consideramos el ejemplo que se nos da por medio de Timoteo en esta epístola, vemos cuán importante es que los padres, desde temprano, hagan penetrar las Sagradas Escrituras en el corazón de sus hijos (véase 3:14-15). Que los padres, particularmente los jefes de familia, recuerden que antes de pensar en otras almas, ellos tienen que velar por el ambiente que reina en sus propias casas. ¡Que la lectura de la Palabra de Dios se lleve a cabo en las familias, con todo el respeto y el espíritu de oración que convienen!

Es necesario que los padres puedan decir: «¡He aquí alguien que ha pasado de muerte a vida! ¡Uno más! ¡Todos en mi familia han pasado de muerte a vida! Señor tú puedes venir. Y si tengo que dejar este mundo aun antes de tu venida, está bien, todo está arreglado, lo esencial está hecho.»

No se trata de contentarnos con las apariencias, no; sino de mirar siempre si bajo las apariencias se encuentran efectivamente los cimientos de la verdad.

Sí, Jesús quitó la muerte y sacó a luz la vida y la incorruptibilidad mediante el Evangelio. Cuando la marea lo arrastra todo, aquí hallamos una base que no será tocada. Y en esta epístola hay otras más, en primer lugar el versículo con que comienza. En toda esta epístola, Dios deja de lado lo que es temporal, dispensacional, abarcando en ello a la iglesia, e invita a nuestras almas a apoyarse en lo que es eterno, a saber, la vida eterna, la promesa de la vida dada antes de los tiempos de los siglos.

He aquí a qué altura nos eleva Dios antes de mostrarnos que en este mundo todo se derrumba. Y cuando lo que es confiado al hombre se hunde y desaparece, Dios dice: «Éste es mi pensamiento, esto es lo que yo voy a hacer; he aquí mi designio, mi propósito, contra el cual nada ni nadie pueden hacer algo.» Esto es precioso, y es necesario predicarlo en el mundo. Cuando se predica el evangelio, es preciso presentar hechos: la cruz de Jesús, su sangre, su triunfo, su venida.

Y luego Pablo invita a Timoteo a esforzarse, a fortalecerse en la gracia (2:1). Él lo exhorta —y nos exhorta a cada uno de nosotros— a ser un buen soldado de Jesucristo. Un buen soldado debe consagrarse sin reservas, no debe enredarse en los negocios de la vida. Muchas cosas, demasiadas, nos enredan y obstaculizan nuestro combate. La vida cristiana más simple es la mejor; cuanto más simple, tanto mejor. Contemplemos a un soldado que va a la guerra. ¿Qué veremos? Pues que entre él y su pasado hay un corte; es necesario que él olvide su pasado, que no piense más en todo lo que lo ata a la vida normal; y, en un sentido, todos nosotros deberíamos obrar así en diversos grados, según nuestra fe. Que cada uno de nosotros se

detenga delante del Señor y examine aquello que puede enredarlo en la vida y de lo cual le es necesario desembarazarse.

Muchos cristianos pierden su vida con insignificancias. Así se encuentran cristianos, incluso de avanzada edad, que no tienen para contar ninguna experiencia vivida con Cristo. Se podrá hablar con ellos de toda clase de problemas, de dificultades, de pruebas. Sí, incluso de esto último, pero la experiencia de una prueba que no se ha vivido con Cristo es una experiencia perdida, que se debe recomenzar.

Pero la vida no es para recomenzarla enteramente. La edad no hace a la espiritualidad. Uno no viene a ser un padre, según 1.^a Juan 2:13, por haber llegado a la ancianidad... Uno puede haber vivido muchos años, y haber pasado por muchas circunstancias, ¡pero sin Cristo! Y no pensemos solamente en personas de fuera, sino más bien en cada uno de nosotros. Si Dios nos envía una prueba, ¿qué es lo primero que hacemos? ¿Decimos: «Señor, mantenme cerca de ti, muéstrame lo que debo aprender»? Y luego, si sobreviene un momento más fácil, un tiempo de prosperidad, ¿decimos ante todo: «Señor, quiero pasar este tiempo contigo»?

Insisto sobre esto porque es uno de los males que sufrimos en la actualidad; la vida se desarrolla día tras día y hora tras hora sin que se haga visible en nosotros algún fruto. Quizá tú no estés en una cárcel, tal vez seas visto como un muy esforzado y amable creyente. Desde este punto de vista, puede suceder que un cristiano que haya tenido una bochornosa caída al principio de su carrera, luego viva una vida más bella, más plena, a raíz de haber sido quebrantado. ¡Tal creyente aprendió que necesita a Cristo a toda costa! Por supuesto que no todos los casos se

presentan siempre así, pero esto ha sucedido. Guardémonos de pensar que una vida exteriormente irreprochable es siempre una vida plena, ¡no, en absoluto! Un creyente decía: «En mí hay tres hombres: el viejo hombre, el nuevo hombre y, entre los dos, el que me ocupa cada día.» Y creo que todos tenemos que prestar más atención a esto. Porque si en las familias se desperdicia el tiempo, se derrochan las fuerzas y se fragmentan los pensamientos y los afectos centrándolos en una multiplicidad de pequeños objetos, todo el ambiente familiar se resiente, y esto explica una enormidad de cosas. No se encuentra allí la misma base y sostén del alma, jamás el mismo alimento; entonces, en el día de la prueba en que las olas baten contra tal casa, hablando espiritualmente, ¿qué sucede? ¡Esto es muy serio!

Acerca de este punto, llamo la atención de los padres y de los hijos, al menos de aquellos hijos que tienen responsabilidad a causa de su edad: ¿qué es lo que llena mi vida desde la mañana hasta la noche? Vemos a algunos creyentes que en su calidad de hijos trataron esta cuestión ligeramente, y cuando llegaron a ser padres la seriedad de este asunto vino a ser, repentinamente, una revelación. ¿Qué llena nuestra vida todos los días? Se nos dice que no es necesario hablar todo el día de Cristo. En un sentido estamos de acuerdo, puesto que es un peligro expresar bellas cosas sin gozarlas. Pero si se quiere decir que no es necesario hablar ni escribir acerca de estas cuestiones porque no es necesario **pensar** en ellas, ciertamente que esto no es lo que Dios quiere. Cuando no pensamos en ello, el Espíritu Santo se contrista y nuestra alma queda abierta a todos los ecos del mundo. El corazón necesita un objeto que lo llene; si el objeto no es el cielo, si no es Cristo, entonces el corazón se llena de las

cosas del mundo y se formulan cuestiones que, por sí solas, revelan el estado espiritual del alma. Tales cuestiones no requieren respuestas, pero revelan un estado de alma.

Leemos aquí acerca de un soldado de Jesucristo. No es agradable ser un soldado. Iríamos con mucho gusto a desfilar como soldados en los días de gloria; ¡para tales ocasiones es fácil encontrar voluntarios! Pero cuando se trata de ser soldado en los momentos difíciles, cuando solamente se reciben golpes, ¡se encuentran muchos menos voluntarios! Pero es necesario considerar, tomar ventaja y concluir: ¡esto va bien! ¿Dificultades, sufrimientos, lágrimas, pruebas...? ¡Muy bien! He aquí cómo habla **la fe**. Y luego se nos recuerda la obediencia: es preciso andar según las leyes. Se oye decir: «Somos cristianos, nosotros hacemos lo que queremos.» ¡No, en absoluto! No tenemos el derecho de escoger la forma del testimonio que debemos dar. Después de la fe se nos exige **la obediencia**; cada uno debe obedecer. Un creyente que no obedece no lleva la imagen de Cristo, sino la del primer Adán. Un creyente que no obedece, peca. No tiene el derecho de decir: «Yo pienso esto o aquello.» ¿Qué piensa Cristo? ¿Qué es lo que Cristo quiere? ¿Qué desea mi Señor? ¿Por dónde me quiere ver caminar Él, quien murió por mí, quien fue perfectamente obediente hasta la muerte? “El siervo no es mayor que su señor” (Juan 15:20).

Una tercera virtud es **la paciencia**. El labrador no cosecha el mismo día que siembra. Por el momento nosotros sembramos, servimos y sufrimos. ¡Que el Señor aliente a todos los que lo hacen, a todos nuestros queridos hermanos que anuncian el Evangelio! Es un preciosísimo servicio, aunque no sea necesariamente el más difícil. A veces es más fácil enfrentarse con un

mundo opuesto, cuya cara está descubierta, que enfrentar las dificultades que presentan las luchas internas.

He aquí, pues, las exhortaciones y los alientos que recibió Timoteo, ¡y que también se dirigen a cada uno de nosotros!

L. Chaudier (M.E. 1978)

AISLAMIENTO

Una de las grandes dificultades que afronta el creyente en la actualidad —en realidad la afrontó siempre—, es la de **caminar en un camino angosto con un corazón ancho**. Pero, parece que hoy tal dificultad se presenta con más fuerza que nunca. Muchas cosas, por todas partes, impulsarían a tomar una posición de aislamiento. Los vínculos de la amistad humana parecen tan frágiles, surgen tantas cosas que quebrantan la confianza, tantas cosas que no se pueden aprobar, que el camino del fiel se vuelve cada vez más solitario.

Todo esto es indiscutible. Pero debemos tener cuidado de cómo abordamos tal estado de cosas. ¿Nos damos cuenta, suficientemente, del espíritu que manifestamos en medio de los ámbitos y de las circunstancias en los que, todos estaremos de acuerdo, son particularmente difíciles?

Por ejemplo, puedo encerrarme en mí mismo y convertirme en un ser amargo y triste, duro, hostil, seco y falto de corazón por el pueblo del Señor, por el servicio para él, y por los felices y santos ejercicios de la iglesia. Puedo convertirme en al-

guien estéril en buenas obras, sin simpatía por los pobres, los enfermos y los afligidos; puedo vivir encerrado en el estrecho círculo que yo mismo me he trazado, pensando sólo en mí mismo y en mis intereses personales y familiares.

Pregunto: ¿qué estado espiritual puede ser más miserable que éste? Tal estado no es otra cosa que el más deplorable egoísmo; pero no tenemos conciencia de ello, cegados como estamos a causa de nuestra excesiva ocupación en ver las faltas de los demás.

Por cierto, es fácil descubrir la paja en el ojo ajeno, las debilidades y las faltas en nuestros hermanos y en nuestros amigos. Pero la cuestión es ésta: ¿cómo debemos obrar frente a estas cosas? ¿Encerrándonos en nosotros mismos? Nunca, no, jamás. Obrar de esta manera es hacerse a sí mismo tan desdichado como inútil, y peor que inútil para los demás. Difícilmente encontremos algo más lastimoso que un **hombre decepcionado**. Él encuentra constantemente motivos para criticar a los demás. Jamás descubrió la raíz oculta de ese hábito ni la manera de tratarlo. Se retrae, pero sobre sí mismo; se aísla, pero su aislamiento es una posición absolutamente falsa. Desdichado, hace también desdichados a los que caen bajo sus influencias, quienes, por escucharlo, manifiestan ser bastante débiles e insensatos. La marcha práctica de tal hombre es un completo fracaso; se deja aplastar por las dificultades y se muestra enteramente incapaz de enfrentar las duras realidades de la vida presente. Y entonces, en lugar de tomar conciencia de ello y de confesarlo, se mantiene apartado, rumiando sus propios pensamientos a fin de encontrar faltas en todos, excepto en sí mismo.

¡Qué delicia y qué consuelo hallaremos al dar la espalda a tan triste cuadro para contemplar al único Hombre perfecto

que pisó los senderos de esta tierra! Su camino fue ciertamente solitario, más que ningún otro. Él no tuvo ninguna comunión con lo que le rodeaba y no halló ninguna comprensión. “El mundo no le conoció”. “A lo suyo (Israel) vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:10-11). Tuvo que decir: “Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Salmo 69:20). Incluso sus amados discípulos se mostraron incapaces de simpatizar con él y de comprenderlo. Ellos se durmieron en el monte de la transfiguración, en presencia de Su gloria, y también se durmieron en el huerto de Getsemaní, en presencia de Su agonía. Lo despertaron de su sueño en la barca, a causa de la angustia incrédula que manifestaron. Y continuaron importunándole con sus vanas preguntas y sus insensatos pensamientos.

¿Cómo respondió Él a todo esto? Lo hizo con gracia, paciencia y ternura perfectas. Respondió a sus preguntas, corrigió sus pensamientos, aplacó sus temores, allanó sus dificultades; les reconoció consagración a Él incluso a la hora en que todos le iban a abandonar. Él los veía a través de su amor, y los amó a despecho de todo. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1).

Lector cristiano, abrevemos del espíritu de nuestro adorable Señor, y andemos en sus pasos; entonces nuestro aislamiento será de buena ley, a saber, nuestra separación del mundo; y aunque nuestro camino sea angosto, nuestro corazón será amplio.

C.H. Mackintosh (Short Papers on Scripture Subjects)
(Publicado también en *M.E.* 1977 y 2005)

JESÚS Y SUS DISCÍPULOS

A menudo ocurre que los hermanos con quienes caminamos nos decepcionan y nos causan pesar —y, sin duda, nosotros también somos frecuentemente una carga para ellos. Vemos o creemos ver en ellos tal o cual defecto que nos resulta insoportable o que nos hace pensar que es muy difícil continuar caminando con esos hermanos.

Podemos señalar que, de la misma manera, el espíritu y el corazón del Señor, en los días de su carne, fueron ejercitados y entristecidos por sus discípulos, y que, sin embargo, él continuó su camino con ellos sin ser “vencido de lo malo”, sino venciendo “con el bien el mal” (Romanos 12: 21), es decir, el mal que estaba en ellos con el bien que estaba en Él.

Quiero señalar algunos de esos rasgos fastidiosos que habrán entristecido al Señor, y por los cuales nuestros propios pensamientos y sentimientos respecto a otros son a menudo puestos a prueba.

La **vanidad** que puede sentir alguien pesa sobre sus allegados al manifestarse con aires de satisfacción propia, alta estima de sí mismo y el deseo de ser admirado por los demás. Al Señor no dejaron de afligirlo con ese espíritu, que manifestaban no sólo sus discípulos sino también sus parientes (Juan 2:3, 4; 7:3-7). Pedro, de la misma manera, estaba lleno de sí mismo: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (Mateo 26:33). Todos los discípulos eran culpables de ese mal cuando disputaban por saber quién de ellos sería el mayor, y cuando a uno que no era de ellos le prohibieron hablar en el nombre del Señor.

Un **mal carácter** es una verdadera plaga, que nos hiere

con mucha facilidad. Marta entristeció al Señor cuando le presentó quejas contra su hermana. Los apóstoles manifestaron ese carácter cuando le pidieron al Señor que despidiera a las multitudes, porque ellas turbaban su intimidad y su descanso.

Toda manifestación de **envidia** nos resulta aborrecible, lo mismo que todo lo que es hecho de mala gana. Jesús discernió todo esto y tuvo que soportarlo.

La falta de **benevolencia**, tanto hacia nosotros como hacia otros, nos irrita con facilidad. Pedro quería saber cuántas veces debía perdonar a su hermano; y pienso que el Señor vio en esto el efecto de un carácter desprovisto de benevolencia.

La **indiferencia con respecto a otro**, acompañada del exceso de atención que damos a nuestra propia persona, nos afecta mucho; ello denota egoísmo y sequedad de corazón. Jesús, a menudo tuvo que comprobar estas manifestaciones en sus discípulos. Les había pedido que velaran una hora con Él, pero los encontró dormidos. Les habló de su muerte, pero ellos pensaban en la posición y en los honores que recibirían en el reino. Les dijo que los dejaría, pero nadie le preguntó: “¿Dónde vas?” Cuando estaban en la barca, en medio de la tempestad, sólo pensaron en su propia seguridad.

La **falta de espiritualidad** de algunos de nuestros hermanos se convierte, a menudo, en una prueba para nuestro corazón. El Señor ¿no sufría esto continuamente al comprobar dicha falta en los suyos? Su luz lo manifestaba a cada instante. Muy a menudo, por vanidad o suficiencia, no notamos que carecemos de discernimiento espiritual.

Éstos son algunos de los comportamientos mediante los cuales los discípulos afligieron el espíritu de su divino Maestro. Esas mismas faltas son las que hoy aún nos turban cuando las

discernimos alrededor de nosotros. Y esos son algunos de los caracteres y temperamentos de nuestros hermanos que hoy nos afligen y nos entristecen.

Alguno dirá que los diferentes casos citados sólo tienen un alcance débil y limitado. Puede que sea así. Pero debemos recordar cuán puro y perfecto era el espíritu de Jesús. Entonces reconoceremos que, por minúsculos que aparezcan ante nuestros ojos estos ejemplos o por banales que nos parezcan esas ocasiones, la perfecta sensibilidad del Señor les daba una importancia que excede a lo que para nosotros sería la más grande ocasión.

¿No es reconfortante ver al Señor precediéndonos en el camino, sin ser detenido por todo lo que lo afligía de esa manera? Pero, avanzando a través de todas esas pruebas, Él también nos ha dejado el ejemplo de una serie de victorias, y en esas victorias nos pide que sigamos sus pisadas. Él es nuestro modelo, no solamente en su comportamiento frente a sus adversarios, sino en su manera de ser con sus discípulos. Si para nosotros es un ejemplo ver que cuando le maldecían no devolvía maldición y que no respondía al mal con amenazas, ¿no lo es también en su marcha con sus discípulos, a pesar de las manifestaciones carnales y de tantas faltas de ellos? Hemos vuelto al “Pastor y Obispo de nuestras almas”, al único que puede ser nuestro modelo en todas las cosas. Así nos lo presenta 1.^a Pedro 2:21-25, a fin de que marchemos como Él frente a todos, sean adversarios o hermanos. Cristo jamás fue vencido por el mal que hallaba en otro, sino que siempre lo venció con el bien que se hallaba en Él.

Así sufrió esas cosas de los discípulos, y así triunfó. Nuestros egoístas corazones se encuentran continuamente dispuestos a defender nuestro derecho, a separarnos de quien nos

resulta desagradable, pero Jesús no obró así. El orgullo, la indiferencia, el mal carácter, el bajo estado espiritual que los discípulos no dejaban de manifestar, no impulsaron al Señor a alejarse de ellos. Incluso al final del peregrinaje que hicieron juntos, Él estuvo más cerca de ellos que nunca. El Señor no se separó de sus discípulos, aunque ellos le causaron muchos ejercicios de corazón y aunque continuamente fatigaron su espíritu. Él les advertía y les enseñaba. Los reprendía y los condenaba, pero **no los abandonó jamás.**

¡Maestro bendito y perfecto, que amas nuestras almas a pesar de todo y contra viento y marea!

J.G.Bellet (M.E. 1977)

CARTA DE W.J.LOWE

11 de octubre de 1870

Queridos hermanos:

La importancia del tema me da la excusa para dirigirles estas pocas líneas, que me gustaría más que vinieran de otra fuente; pero ya no puedo dejar de hablar de ello.

Nuestro Dios nos ha bendecido de una manera muy particular y digna de Él, en estos últimos días, suscitando un testimonio para la gloria de su Hijo Jesús, cuya luz ha llenado nuestros corazones de gozo, dándonos la seguridad de la paz con Dios y del perdón de nuestros pecados.

Él nos ha hecho comprender que hay un solo Señor, Jesucristo, y que el Espíritu Santo descendió a la tierra a fin de morar en medio del pueblo redimido de Dios. A fin de estar también en cada creyente como el Espíritu de adopción, arras de nuestra herencia celestial, que nos identifica con la Cabeza del cuerpo glorificada en el cielo. Y Nos ha ordenado que, soportándonos unos a otros en amor, seamos solícitos en guardar **la unidad del Espíritu** en el vínculo de la paz.

Sin embargo, el Señor jamás nos ha ocultado el carácter del camino que él trazó para nosotros a través de este mundo — camino que lo condujo a la gloria donde está ahora sentado a la diestra de Dios, y que nos conducirá allí a nosotros también— pero un camino que está rodeado de todo tipo de dificultades, de tribulaciones y de trampas de Satanás. No obstante, a través de ellas, tenemos que rendir testimonio contra el mundo, a favor de Aquel que nos ha redimido. Y, como siervos del Señor, debemos invitar a otros a que confíen en Él.

Pero al mismo tiempo Él nos explicó claramente lo único que constituye nuestra verdadera fuerza en el camino, sea para la marcha o para la batalla. Él dijo: “Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación” (Lucas 22:46). También dijo respecto al espíritu mudo (que no podía confesar a Jesús) “Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno” (Marcos 9: 29). (La **oración**, que es la expresión de la confianza que un hijo tiene en su padre; el ayuno, que es la abnegación, el desprendimiento de sí mismo).

Queridos hermanos, deseo preguntarles: ¿es suficiente orar individualmente? ¿Es suficiente para nosotros? ¿Es suficiente para el Señor y para nuestro Dios y Padre? Recordemos que es necesario ser solícitos en guardar la unidad del Espíritu en

el vínculo de la paz, unidad que conviene a la familia de Dios y que glorifica al Padre.

El Señor dice: “Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:19-20). Este pasaje es citado a menudo en relación con la Cena. Bendito sea el Señor porque lo hallamos así (según Juan 20:19), pero Jesús lo formula en relación con la **oración colectiva** en su más débil expresión: **dos o tres**.

¿No sentimos la necesidad de encontrar al Señor en medio de nosotros? Si esa necesidad se siente reunámonos entonces para la oración. Quizá podamos hablar muy bien, pero recordemos las palabras de Santiago: “Yo te mostraré mi fe por mis obras.” Por cierto, ese acuerdo es necesario, pues es la más bella cosa sobre la tierra, digna de la familia de Dios y según el corazón del Señor Jesús (véase, en Juan 17:21, su oración: “Para que **todos sean uno**”).

Al principio, cuando todo marchaba tan bien, los discípulos sentían la necesidad de tomar fuerzas en la prometida presencia del Señor, reuniéndose para ello según Mateo 18:20. “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42). En cambio ahora, cuando tenemos poca fuerza (Apocalipsis 3:8), cuando tenemos, pues, una mucho mayor necesidad de buscar la faz del Señor, ¿no nos reunimos suficientemente para la oración! ¿A dónde hemos llegado, amados? ¿Menospreciamos las bendiciones con las que el Señor nos ha colmado? ¿Llegamos al extremo de pensar que la oración es un privilegio demasiado grande para nosotros en estos días de laxi-

tud y decadencia? ¿Pensamos que el brazo del Señor ya no se extiende para bendecir a sus hijos y que ya no podemos hallar recursos en el Señor? (véase Jeremías 29:11-13; 33:2-3; Ezequiel 36: 36-37, etc.). ¿Acaso “no hay bálsamo en Galaad? No hay allí médico?” (Jeremías 8:22).

Es necesario añadir que la oración no sólo es uno de los mayores privilegios, sino un deber de la iglesia. Esto se ve en 1.^a Timoteo 2:1-13, especialmente en los versículos 8 y 9: “Quiero, pues, que los **hombres oren**... Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia... etc.”. Sólo en la reunión “como iglesia” (1.^a Corintios 11:18) no le está permitido a la mujer orar en público, pues allí tienen la responsabilidad de hacerlo **los hombres**; asimismo, no se necesita hablar del **atavío** de las mujeres sino para cuando ellas salen de la casa. ¿No es, pues, evidente que si nos reunimos como iglesia para participar de la Cena, debemos reunirnos igualmente para la oración según Hechos 2:42? Si no lo hacemos, no somos obedientes y, naturalmente, perdemos una parte de la bendición.

¿No sentimos, pues, el gozo del amor de Dios que nos impulsa a hacer con fervor todo lo que el Señor desea, tan pronto como hemos comprendido la menor expresión de su voluntad? ¿No somos más peregrinos y extranjeros en el mundo, que esperamos del cielo al Señor y que anhelamos ir pronto a su encuentro en las nubes? ¿Hemos dejado de apreciar nuestra bendita posición como miembros de la familia de Dios? O bien ¿no tenemos nada que pedir, nada que confesar? ¿No tenemos hogares donde hay que conducir u ordenar, donde hay hijos que necesitan convertirse? ¿No tenemos un trabajo que hacer para el Señor, ya sea en la iglesia o en el mundo? ¿No hay siervos de Dios que necesitan nuestras oraciones? ¿No hay miserias de

este mundo que podemos mitigar? ¿No hay almas que debemos llevar al Señor? Y en las propias asambleas, ¿marcha todo perfectamente? ¿Podríamos no estar de acuerdo en todos estos temas? Queridos hermanos, les suplico que reflexionemos en esto delante del Señor. Si hasta ahora hemos faltado al respecto, reconozcamos nuestra falta delante de Él, corrijámonos y busquemos la bendición que nos espera.

El tiempo es corto. Jesús nos vuelve a decir: “Vengo en breve.” ¿No nos basta esta palabra para alentarnos a reunirnos, a fin de que, cuando Él venga, nos encuentre velando para hacer lo que le agrada (Hebreos 10:25)?

Recibid mis saludos en Cristo Jesús.

Vuestro afectuoso hermano.

W.J.Lowe (M. E. 1977)

DESILUSIÓN Y CERTIDUMBRE

El hombre tiene enraizado en su corazón el deseo de ganar todo lo que puede, de elevarse, de prolongar lo más posible su vida en este mundo, previendo que luego, hasta el final de sus días, podrá gozar de lo que amasó, tal como el rico del cual habla el Señor en la parábola (Lucas 12). Ésa es su meta fija; pero, desgraciadamente, todo esto es sólo para la tierra. ¿Y después? El Señor dice: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.” Tal hombre está sin Dios, **sin esperanza** en el mundo (Efesios 2:12).

¡Cuántos esfuerzos hace el hombre para alcanzar su objetivo terrenal! Y en su locura olvida que su vida no está en sus manos, que “no es señor de su camino” (Jeremías 10:23), que el mañana no le pertenece. “Pasa como una sombra. Porque ¿quién enseñará al hombre qué será después de él debajo del sol?” (Eclesiastés 6:12). Las riquezas, la ciencia, los conocimientos, todo lo que haya adquirido mediante la inteligencia que Dios le ha dado, desaparecerá con él.

¡Cuántas almas que rememoran su pasado cuando llegan al término de su vida sienten profundamente las palabras del Predicador: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”! ¿Y qué tienen delante de ellas? Sus corazones experimentan un sentimiento de vacío mezclado con la angustia y el temor de la muerte. ¿Dónde quedaron sus proyectos? ¿Cuál ha sido el resultado de tantos años de dura labor? ¡No queda ni el menor rayo de esperanza!

¡QUÉ DESILUSIÓN!

La vida de tal hombre se puede caracterizar bien mediante dos palabras: **vanidad** e **ilusión**. Para él todo estaba fundado en las cosas del mundo, **edificó su casa en la arena**, pero “la apariencia de este mundo se pasa” (1.ª Corintios 7:31), la arena es arrastrada por las aguas, es decir, por la muerte, y todo desembocará en el juicio.

En contraste con este cuadro sombrío, ¡cuán luminoso es el de la esperanza del creyente, la cual éste asió por la fe “como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor” (Hebreos 6:17-19). Tal esperanza está fundada en la Palabra de Dios, en sus promesas, en la inmutabilidad de su consejo, en la

Roca de los siglos. Es una “esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1.^a Pedro 1:3).

A Dios se lo llama el “**Dios de esperanza**”. Por cierto, la esperanza no puede ser aplicada a Aquel que es el Creador de todas las cosas. Todo fue invariablemente fijado por Él desde antes de los siglos y para la eternidad. Él no tiene nada que esperar, nada que recibir de nadie; Él sólo depende de sí mismo, todo le pertenece, todo es para sí. La esperanza es para nosotros; ella nos concierne y es la preciosa parte del creyente.

Nuestro Dios Salvador, en su amor, nos ha dado la esperanza. Ella es para nosotros y nosotros tenemos que esperar todo de Aquel que, después de habernos dado a su Hijo, nos da también con él todas las cosas (Romanos 8:32).

Dicha esperanza nos llena de todo gozo y paz (Romanos 15:13). **La fe, la esperanza y el amor** caracterizan el estado del corazón del creyente y constituyen su felicidad. Son, en el corazón del fiel, como “cordón de tres dobleces” que “no se rompe pronto” (Eclesiastés 4:12), y contra el cual los esfuerzos del enemigo son impotentes.

Nuestra esperanza es Cristo mismo; tal como el apóstol se lo dice a Timoteo: “Jesucristo nuestra esperanza” (1.^a Timoteo 1:1); es estar con Él eternamente, íntimamente asociados a Él en la gloria y unidos en su amor. ¡Oh, ven Señor Jesús a consumarla!

¡QUÉ CERTIDUMBRE!

M.Koehlin (M. E. 1945)

EXTRACTO DE CARTA

...Necesitamos mucha gracia para el tiempo en que vivimos, en el cual hay tanta ignorancia y relajamiento, incluso entre los creyentes. Y cuando hablo de gracia, no quiero decir atenuar el mal o pasarlo por alto; no. La gracia es firme y no tolera el pecado, pero hablo de la gracia sazónada con sal; la dulzura que gana el corazón para alcanzar la conciencia.

Suspiramos tras una mayor manifestación de la vida en los hijos de Dios. Produce aflicción ver la desidia, la tibieza, la indiferencia que se manifiesta por las cosas de Dios. ¿Qué podemos hacer? No tenemos otro recurso que volvernos hacia el Señor. La oración ferviente del justo obtendrá la lluvia de bendición, como en el tiempo de Elías...

Todas estas enfermedades y estos enfermos, tanto los que sufren como los demás, deberían tener presente la voz del Señor. Él les dirige, pues, llamados al corazón. Llamados que leemos en la Palabra, tales como: “¿Me amas?” “Sígueme”. “Y vosotros, ¿quién decís que soy?”, y tantos otros, deberían tener como efecto sondear nuestros corazones respecto a la persona de Cristo.

Ahí está el quid de la cuestión. ¿Qué es Él para nuestro corazón? Cuando el amor de Cristo domina, cuando gobierna el corazón, todo va bien.

Así que no nos cansemos, sino prosigamos con constancia la carrera, con los ojos fijos en Jesús. Allí se encuentra el descanso.

A.Ladrierre (M. E. 1966)

ÍNDICE

Año 2005

A cada uno su obra <i>P. Fuzier</i>	4
Adoración (Breves pensamientos acerca de la) <i>M.Koechlin</i>	172
A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús <i>A.Gibert</i>	181
Aislamiento <i>C.H.Mackintosh</i>	202
Carta de H.Rossier <i>H.Rossier</i>	32
Carta de W.J.Lowe <i>W.J.Lowe</i>	208
Cómo reconocer a un siervo de Dios <i>L.M.Grant</i>	25
1.ª Corintios 10 y 11 (Ensayo sobre) <i>E. Gautier</i>	47
Desilusión y certidumbre <i>M.Koechlin</i>	212
Dos epístolas dirigidas a los efesios <i>P.Fuzier</i>	100
Edificación (La) <i>J.A.Monard</i>	159
En medio <i>A.Carion</i>	117
En mi nombre <i>W.J.Lowe</i>	109
Espera paciente y el servicio (La) <i>A.Guignard</i>	1
Extracto de carta <i>A.Ladrierre</i>	215
He aquí el Hombre <i>F. von Kietzell</i>	33, 68, 105, 138, 174
Jesús y sus discípulos <i>J.G.Bellett</i>	205
Jóvenes (A los) <i>A.Gibert</i>	15
Mesa del Señor (La) (una conversación acerca de los diferentes aspectos de la comunión a ella) <i>P.G'</i>	37
Nuestros guías <i>A.Rossier</i>	22
Pensamiento <i>J.N.Darby</i>	104, 144
¿Qué es una reunión de asamblea? <i>H.Rossier</i>	120, 145
Recursos en tiempos de ruina <i>L.Chaudier</i>	192
Reunidos “como iglesia” <i>S.Prod'hom</i>	128
Salvación y el Salvador (La) <i>H. Rossier</i>	64
Santidad (La) conviene a tu casa <i>D.Courtial</i>	91
Unánimes <i>P.Fuzier</i>	168
Unidad viviente, unidad visible <i>A.Gibert</i>	73

*En la célica morada de las cumbres de Edén,
donde cada voz ensalza al Autor de nuestro bien,
el pesar olvidaremos y la triste cerrazón,
tantas luchas del espíritu con el débil corazón.*

*Si, allí será gratisimo en el proceder pensar
del Pastor fiel y benéfico que nos ayudó a llegar.*

*Oración, deberes, penas, vías que anduvimos ya,
poseyendo las riquezas que Jesús nos guarda allá;
la memoria retendremos a cubierto del dolor,
del camino largo, aspérrimo, con sus luchas, su temor.*

*La bondad con que nos mira, sin cansarse cuando ve
poco fruto en nuestra vida y tan débil nuestra fe,
nos acordaremos de ella en aquel celeste hogar
do a Jesús el alma unida está y halla en Él su bien sin par.*

*Pronto Jesús de los cielos vendrá,
dulce es pensarlo y gran gozo nos da;
transformarános su rostro al ver,
ésta es la meta al fin del correr.*

*Nos cambiará, nos cambiará
al ver de Él la gloriosa faz;
nos cambiará, nos cambiará
al ver de Él la faz.*

*Los separados unidos serán,
no más ausentes de Cristo estarán;
a los que duermen resucitará
y a su imagen Él los cambiará.*

*Obscuras nubes Él disipará,
noche en día Él transformará;
las tempestades Él ha de cambiar
en dulce calma, el llanto en cantar.*

*Él hará fuerte lo débil al fin,
todo perfecto lo que ahora es ruin;
y por tristeza su gozo dará,
consigo en gloria a su Iglesia tendrá.*